

El testimonio de la educación moral en una sociedad teledirigida

*BENJAMÍN FORCANO**

1. A MODO DE PREÁMBULO

Tres son los aspectos que, de inmediato, aparecen en este tema y que tienen mucho que ver con el futuro de la sociedad, si es que ese futuro depende, como generalmente se piensa, de los jóvenes.

El **testimonio**, porque el niño y el joven tienden espontáneamente a manifestar lo que sienten en un obrar unitario, ajenos a la esquizofrenia que las más variadas circunstancias de la historia introducen en la vida de las personas. El niño y el joven no están avezados a las fisuras y contradicciones que la complejidad del vivir se encarga si no de justificar, sí de presentar como atenuantes y hasta como inevitables. Por ello, a la juventud le resulta naturalmente cautivante el comportamiento coherente, que transparenta, en quienes la rodean, la pureza de la vida.

En el mundo entero personas de este tipo son las que arrastran y actúan sobre la juventud con una fuerza simbólica imparable. Cuando el Che escribe: «Soy consecuente con mis creencias... Muchos me dirán aventurero y lo soy, sólo que de un tipo diferente y de los que ponen el pellejo para

* Teólogo.

demostrar sus verdades» (Che Guevara, E.: *Obras Completas*, Casa de las Américas, La Habana, vol. II, p. 693), está indicando por qué una vida es capaz de calar hondo en los jóvenes. Ese «poner el pellejo» es sublime cuando se sabe, como en este caso, que se hace por la defensa de la dignidad humana, de sus derechos y de sus más profundos valores.

Y, a pesar de la complejidad de la vida y de sus circunstancias más imponderables, también entre los adultos, el testimonio es siempre motivo de reconocimiento y adhesión, precisamente porque se calibra con más conocimiento la dificultad y se está de vuelta de tantas decepciones e incumplimientos. Los adultos sí que están en condiciones de afirmar desde la experiencia que «Las palabras no tienen dignidad si no van acompañadas con los hechos».

La **educación moral** pertenece al mundo de las personas. Ontológicamente cada ser humano es portador de una naturaleza humana, que le confiere unas capacidades específicas, dentro de una existencia individual. Esas capacidades comunes explican la identidad de especie en que todos nacemos y la posibilidad de establecer una comunión y comunicación universales, basadas precisamente en esa identidad de naturaleza.

Pero esas capacidades son eso, capacidades, que hay que desarrollar y cultivar, contando con diversos e importantes factores (historia, cultura, comunidad, biología, libertad) que condicionarán y configurarán progresivamente esa educación. La educación conjuga todos esos factores, pero siempre se habrá de tener en cuenta que, en la trama de todos ellos, subsiste irrepetible e imprevisible la libertad de cada sujeto. La libertad es, creo, el factor que más caracteriza el desarrollo de cada persona y que marca la diferencia entre unas y otras, aun cuando se encuentren en las mismas situaciones. ¿Por qué médicos como el Che, que habían visto y conocido la misma miseria y opresión latinoamericanas que él, optan por hacer una brillante carrera, asegurando su estatus personal y no se dedican a la revolución? ¿por qué obispos que han visto y conocido las mismas situaciones de opresión e

injusticia que Casaldáliga, no se indignan y se conforman e, incluso, legitiman la posición de los opresores?

Es aquí donde creo que cuenta, más que ninguna otra cosa, el ejemplo recibido. No los consejos ni las palabras, sino el secreto y convincente argumento de una vida coherente, percibido por el educando en su ambiente, familiar sobre todo, y en otras personas: parientes, profesores o amigos que le son cercanos. Lo que toca y queda en el alma es ese comportamiento que, silenciosamente, penetra y se percibe como recto y consecuente.

La **sociedad teledirigida** en que vivimos es el campo donde los dos aspectos anteriores se ponen a prueba, actuando sobre la persona como tarea y reto. La sociedad de hoy es, en mayor o menor grado, pluralista, y es inevitable contar con que en ella la oferta de pautas y valores es pluriforme. Dentro de esa pluriformidad, estoy convencido de que se comparten valores básicos muy importantes, nunca extinguidos, pero también de que actúan y hasta pueden resultar predominantes, escalas de valores desacordados con los valores auténticos de la persona.

En esta nuestra sociedad, teledirigida por la economía y cultura neoliberal, se trata de hacer naturaleza común lo que es producto antihumano de un sistema. Nunca el egoísmo, la avaricia y el éxito son claves auténticas del desarrollo humano y, sin embargo, en esta sociedad pugnan por asentarse como matriz generadora de la convivencia humana. La orientación predominante de nuestra sociedad es, según Eric Fromm, el tener: tienes mucho, eres mucho; tienes poco, eres poco; tienes nada, eres nada.

Tal orientación es como un eclipse sobre nuestra realidad, que nos ciega y cubre persistentemente, hasta pretender hacernos olvidar o renegar de nuestro propio ser. Con razón escribe el mismo Fromm: «La distinción entre el ser y el tener representa la distinción más crucial de la existencia» (*¿Tener o ser?*, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 33).

Está claro que todos necesitamos existencialmente tener cosas para vivir dignamente, pero aquí se trata de un *tener*, inculcado a modo de hábito cultural por el que se nos forma y se nos hace creer que cuanto más tienes más eres. Es decir, mi realidad no depende de lo que soy, sino de la capacidad que tengo de poseer, consumir, dominar y disfrutar.

¿Quiénes, dentro de esta sociedad, pueden servir de rumbo fijo y con crédito suficiente para señalar que la grandeza y felicidad no van por ese camino? ¿quiénes pueden convencer a la niñez y juventud que, contra viento y marea, y sorteando toda suerte de espejismos, hay que emprender caminos que no son los proclamados por el sistema? ¿es posible una educación que presente los valores de la generosidad, sobriedad, gratuidad, solidaridad, magnanimidad, sinceridad, justicia, entrega en definitiva, del amor, como clave de verdadera realización humana?

Sólo pueden hacer esto quienes, con la vida, lo hagan realidad, una realidad natural y, por lo mismo, al alcance de todos, porque es con la que todos debiéramos saber desenvolvemos propiamente, por tratarse de nuestra propia, íntima y universal realidad. Lo otro es una perversión.

Contra esa perversión, hoy convertida en tentación fascinante, presento el testimonio de dos vidas ejemplares, espejo y fragua para educadores y educandos.

2. DOS VIDAS DONDE LA TEORÍA Y LA PRAXIS CAMINAN EN INSEPARABLE UNIDAD

A.) Pedro Casaldáliga, obispo con los pobres de una tierra secuestrada

1. Un obispo que no deja indiferente a nadie

Frances Escribano ha escrito un libro sobre Mons. Pedro Casaldáliga (*Descalzo sobre la tierra roja: Vida del obispo Pere Casaldáliga*, Península,

Barcelona, 2000). Quizá el título «Descalzo sobre la tierra roja» no sea más que una metáfora, pero cuando en un lugar como el Mato Grosso resulta que existen haciendas con trabajadores en régimen de esclavitud o latifundistas que pagan a un pistolero para que mate a tal o cual persona, la imaginación no tarda en descubrir la realidad de la metáfora.

«Descalzo sobre la tierra roja». Un obispo que nace sin la pompa de su cargo y camina a pie, desnudo con los pobres de una tierra secuestrada.

Vida del Obispo Pere Casaldàliga es la vida de un obispo, que vive a miles de kilómetros de distancia, que lleva en el Mato Grosso 32 años, que no ha regresado nunca a su país (ni siquiera cuando murió su madre y la noticia se la pude dar yo personalmente), que no es conocido físicamente por la mayor parte de nosotros, que no dispone de medios económicos, ni de organización, ni de *marketing* para darse a conocer y que, sin embargo, atrae, desneutraliza, apasiona.

No es mi intención, contar la vida de Pedro Casaldàliga. Más bien, debo opinar sobre esa vida, pero tal como aparece en este libro de Frances Escribano.

Y es ahí, donde tengo que decir enseguida que el autor se ha encontrado en todo su relato con mi complicidad complacida. Es cierto que yo he seguido mucho la vida de Pedro, que he conocido y seguido estelas de amistades tuyas, que he leído y releído palabras tuyas, poesías tuyas, que he publicado cartas, mensajes y denuncias tuyas, que he compartido proyectos, luchas, ilusiones, esperanzas, que he colaborado para neutralizar prejuicios, mentiras, calumnias levantadas contra él, que me ha entusiasmado su estilo de hacer Evangelio y de hacer Iglesia.

Por eso, cuando ahora me encuentro con este libro, entro en él con gozosa y crítica curiosidad y descubro que desfilan como en película, revividas sucesivamente, unas y otras personas, unas y otras cosas, y otras, y otras, y

aún más otras: hechos, nombres, palabras, tareas, que estaban perfectamente grabadas en mí. Lo que Escribano escribe va, todo ello, en la onda de la realidad, no de la ficción. Porque hay quienes necesitan, para ser creídos, que se les mitifique. Aquí, no.

2. El sentido y desarrollo de una vida

El libro es un espejo de la vida de Pedro.

El autor intenta poner, ante nuestra mirada, una vida: el sentido y desarrollo de una vida humana. En eso, poca novedad le cabe esperar, porque se trata de una vida, como la de cualquier ser humano. No creo que Pedro esté hecho de distinta naturaleza, ni abrigue secretos o leyes que ninguno de nosotros pueda compartir. Seguramente, porque esa vida se abre con sinceridad, nos reconocemos en ella, nos cautiva y nos sumerge en interrogantes. O acaso sea, en palabras de Pedro, «porque el poeta expresa lo que todos sentimos».

Por eso digo que considero innecesario entrar a contarles nada que, sustancialmente, no esté en las páginas de este libro. El autor, desde el primer momento de su narración, se agarra a Pedro y, fascinado, resuelve caminar a su lado con una doble motivación: describir el paisaje, el del exterior, y también el otro paisaje, el del interior de Pedro. Por una parte, las tierras rojas del Mato Grosso, sus gentes, su vida, su historia y, por otra, las tierras inquietas de Pedro, las de su persona, ambas enlazadas en cita única, temeraria e insólita, para un tiempo de historia: «Conversando aquí con él, a miles de kilómetros de distancia de España, tengo la extraña sensación de estar en casa» (p. 20).

El Mato venía ya de lejos, con siglos de historia, con situaciones repetidas, con sufrimientos acumulados. ¿No pasaron antes personas por el Mato Grosso? ¿personas de Iglesia que, impactadas, intentaran hacer algo?

El caso es que el Mato Grosso era testigo de una iniquidad fundamental: la de unos pocos con tierra y la de unos muchos sin ella, unos en la riqueza y otros en la miseria, los menos como señores y los más como siervos. Y todo esto, ¿en nombre de qué?

3. El modo y el por qué de una vida

Si he de ser sincero, no es lo que Casaldáliga hace lo que a mí más me impresiona. Es el modo y el por qué lo hace. Porque pasar aventuras, vivir en conflictos extremos, afrontar casos desesperados, lo ha hecho mucha gente. Pero, el cómo y el por qué quedan muchas veces en la penumbra, aunque sean los que más revelan lo más íntimo de una persona. Al fin y al cabo, la injusticia, la discriminación y el dolor son cosas que todos hemos vivido. Pero, ¿cómo y con qué consecuencias?

Cuando Casaldáliga escribe: «Me he llevado bien (con la gente excluida) quizá porque siempre he tenido una cierta afinidad con el margen, con los marginales. Quizá por una especie de espíritu compasivo o por una especie de vena poética. Quizá sea un cuestión de sensibilidad porque soy incapaz de presenciar un sufrimiento sin reaccionar» (p. 43), está apuntando algo en la dirección clave de su vida.

Si uno se coloca en esta dirección, verá que una vida así no es interesante por las cosas que hace o que tiene, sino por el sentido con que las hace y las tiene. ¿No será ésa la certidumbre que muchos buscamos cuando «El Primer Mundo, desgraciadamente, parece haber perdido el sentido de la vida»?

Esta preocupación no es ajena al autor del libro. Diría que a él es una de las primeras que le acompañan. Y lo expresa con una especie de reiterada insistencia:

«Casaldáliga nació y se hizo hombre en Cataluña, pero si es algo más que esto...» (p. 9).

«Siento curiosidad por volver a ver a Casaldáliga, por saber cómo se encuentra, anhelo poder escucharlo otra vez... Son muchas las preguntas que me planteo sobre su vida, sobre lo que ha hecho y lo que aún hace en este país. Tiene más de setenta años y hace treinta que vive aquí. Treinta años sin volver a Cataluña que han cambiado definitivamente su vida, que lo han convertido en una figura tan admirada y venerada como perseguida y criticada... Me pregunto qué le habrá podido dar esta tierra para que este sacerdote, crecido en el ambiente de la posguerra española, en el seno de una familia de derechas, haya devenido uno de los símbolos de la Iglesia revolucionaria de América Latina» (p. 11).

«La convicción que imprime a lo que dice me hace pensar que éste es un discurso que ha repetido muchas veces. No sé cuándo empezó a pensar así. Evidentemente, las experiencias vividas en Sao Félix lo han marcado, pero llegó a Brasil cuando tenía ya cuarenta años y habiendo crecido en un ambiente familiar de derechas y estudiado por diversos seminarios en pleno régimen franquista. ¿Cuándo empezó a cambiar?» (p. 41).

4. ¿Pedro fue siempre un radical o fue evolucionando?

Escribano está poseído por una duda, que le sale a flor en su investigación sobre la vida de Casaldáliga. Casaldáliga es un hombre que se sale de lo común. Busca, pues, de alguna manera detectar las causas de ese desmarcamiento. Las preguntas del autor son éstas:

- ¿Desde cuándo Casaldáliga es y piensa así?
- ¿Fue siempre un radical y un revolucionario?
- ¿O su vida fue evolucionando? En tal caso, ¿qué causas o circunstancias le fueron llevando a sus posiciones actuales?

Frances Escribano se inclina más bien por lo tercero: la vida de Pedro fue evolucionando, se fue haciendo cada vez más radical, a medida que

fue entrando en contacto con el mundo de la pobreza, de la exclusión, de la injusticia, del sufrimiento. Hubo una gradualidad pero, eso sí, imparable.

Yo también pienso lo mismo: la vida de Pedro no comienza de cero, viene preparándose de lejos, él soñaba ya de pequeño con ser misionero, Y, antes de llegar a Brasil, va pasando por muchas situaciones en las que él va dejando indeleble su estilo y determinación. Pedro nunca fue un conformista, un resignado, dispuesto a obrar según los viejos dictados del sistema. Debía pasar, cuando no tenía más remedio, por ciertas observancias y cumplimientos, pero dentro le bullían la rebeldía, la creatividad, la praxis consecuente.

A eso le ayudaron, es cierto, las circunstancias propicias de su momento histórico. Socialmente eran tiempos de rebelión y utopía.

5. A más inhumanidad, más radicalidad

Eclesialmente, como cristiano vivió intensamente el Concilio Vaticano II, y como claretiano colaboró apasionadamente para aplicarlo a su Congregación.

Pero él venía de antes caminando con anhelos de novedad, de radicalidad y de cambio. La altitud y extensión del mismo lo iban a dar el momento y las circunstancias. A más inhumanidad, más radicalidad. Así lo expresa espontáneamente, en uno de aquellos primeros entierros colectivos, cuando los sepultados eran cuatro niñitos, hijos de prostitutas: *«O nos vamos de aquí inmediatamente, confesaba a su compañero Luzón, o nos suicidamos, o hallamos una solución para todo esto»* (p. 16).

«Yo siempre he sido de izquierdas, contesta irónico a Escribano. Ya de pequeño era zurdo, pero en aquellos tiempos estaba prohibido y no nos dejaban escribir con la izquierda. De manera que incluso biológicamente soy de izquierdas. Después como dice mi amigo Milton Nascimento:

“Amigo es cosa de guardar bajo siete llaves del lado izquierdo del pecho”. A la izquierda, tenemos el corazón. Cuando en el Credo decimos que Jesús se sienta a la diestra de Dios Padre, depende de cómo se mire. Allá en el cielo puede ser la diestra, pero aquí en la tierra debe ser a la izquierda» (p. 41).

6. Su mitra: la mirada de los pobres y la mirada gloriosa de Cristo

Si quisiéramos ahora espigar en su vida, no nos costaría encontrar situaciones y gestos que avalan la verdad de lo dicho. Pedro no aspiraba a ser famoso, ni héroe, ni revolucionario, ni legalista. Las motivaciones por las que estaba allí, le alejaban por completo de esas tentaciones.

Quien es libre e innovador en lo pequeño, lo es también en lo grande. Y nadie contagia libertad e innovación si no la lleva dentro. Más de una vez, me había yo preguntado: ¿cómo van a ser libres nuestros obispos, si tan siquiera son libres para alterar un ápice el ceremonial de su consagración episcopal? Y digo esto del ceremonial, por poner un ejemplo y porque es una cosa bien secundaria y relativa. Casaldáliga, sin embargo, vivió su consagración episcopal como expresión vivencial de su manera de ser y sentirse obispo. Y eso, no puede estereotiparse en una fórmula universal, válida para todos. Porque al ser universal, se queda sin el alma particular de cada uno. Y, por otra parte, muestra a qué extremos puede llegar la docilidad y sometimiento cuando de otros asuntos se trata.

Casaldáliga dice en su recordatorio-invitación:

«Tu mitra será un sombrero de paja sertanejo; el sol y el claro de luna; la lluvia y el sereno; la mirada de los pobres con quienes caminas y la mirada gloriosa de Cristo, el Señor.

Tu báculo será la Verdad del Evangelio y la confianza de tu pueblo en ti.

Tu anillo será la fidelidad de la Nueva Alianza del Dios Liberador y la fidelidad al pueblo de esta tierra.

No tendrás otro escudo que la fuerza de la Esperanza y la Libertad de los hijos de Dios, ni usarás otros guantes que el servicio del amor».

Mitra, báculo, anillo y escudo pierden aquí todo indicio de poder y ostentación y adquieren un sentido propio, preciso, exclusivo de un lugar. El anillo que sus amigos de España le mandaron como una copia del anillo que Pablo VI regaló a todos los obispos que participaron en el Concilio, no quiso ponérselo. Se lo envió a su madre. Ahora lleva un anillo que le regalaron los indios tapirapé, una pieza rudimentaria hecha de tucum, un hueso de palmera que utilizan como materia prima para muchos objetos de artesanía.

Ninguna señal de distinción.

Recordando la originalidad de la ceremonia, Frances Escribano quedaba impresionado. Y Pedro le comentaba: *«En estos tiempos de tanto consumismo, creo que la Iglesia de Jesús, y sobre todo los que somos o deberíamos ser más responsables dentro de la Iglesia, tenemos que ofrecer un testimonio de anticonsumismo. El proyecto del mercado, al fin y al cabo, es el consumismo... Lo que me hace no es lo que tengo, sino lo que soy, lo que amo, las razones de mi vida... Es lo que doy lo que me hace, no lo que tengo. Cuanto más doy, tanto más tengo porque soy más. Pero si tengo mucho y doy poco, tengo menos porque soy menos»* (p. 61).

7. Una libertad que denuncia la libertad inexistente

La libertad de Casaldáliga es grande, rara, cuestionada. Cuestionada por una sencilla razón: porque es la evidencia de la no libertad vigente.

No basta para justificarla decir que la debe a las circunstancias extremas que le ha tocado vivir. Otros muchos han pasado por las mismas circunstancias y ni siquiera la han estrenado.

Pedro cuenta que una vez, navegando por el río das Mortes, tuvo que atender a un hombre moribundo. La comunidad le pidió que celebrara una misa. No había pan ni vino. No traía nada para decir misa: «*Yo venía más preocupado por atender al hombre. Allí había una pequeña taberna. Cogí unas galletas y un poco de pinga y celebré la misa. Me pareció que era una buena misa. El pueblo me pedía misa y yo era sacerdote, la Pascua de Cristo bien se puede celebrar con vino de las viñas de Italia, o de las de Cataluña, pero si no había vino, ¿por qué no se podía celebrar con alcohol de caña de azúcar?*» (p. 17).

Otra vez, cuenta que llegó a un acto extremo: «*He maldecido una estructura de acumulación, de capitalización, de exclusión y de dominación. He llegado incluso al extremo de excomulgar dos haciendas. La Piraguacu y la Frenova, porque tenían pistoleros que mataban a los peones, les cortaban las orejas y las llevaban a la hacienda para demostrar su muerte. Una vez enterré a uno de estos peones asesinados, cogí un puñado de tierra de su sepulcro, lo puse sobre el altar y excomuniqué estas haciendas. Pero fue un acto contra las haciendas, no contra la personas*» (p. 86).

Yo quisiera saber cuántas excomuniones de este género se han hecho en la historia larga del latifundio y de la colonización.

Otra vez, al año de llegar, fue invitado a la *fazenda* Suiá Missú, con una extensión superior al territorio de Cataluña, más de treinta mil cabezas de ganado y un buen grupo de peones trabajando en condiciones infrahumanas. Veinte aviones aterrizaron en la pista de la *fazenda*. Ciento sesenta personas zampándose cinco toros asados, cabritos, fruta, y bebiendo.

Aquella fue la primera y última vez que Casaldáliga confraternizó con los terratenientes. «Fue, dice, uno de los días que comí menos.»

Decidió evitar su compañía, declinar cualquier invitación y facilidad de transporte y recomendó a la gente de su equipo que evitara incluso saludarlos.

«Nosotros hemos dicho muchas veces que aquí o estás en un bando o en el otro. Yo digo siempre que el Evangelio es para los ricos y para los pobres. Es para todos pero está a favor de los pobres y también está a favor de ricos, pero contra su riqueza, contra sus privilegios, contra la posibilidad que tiene de explotar, dominar y excluir. Yo puedo relacionarme con los ricos, siempre que les diga las verdades y no me deje llevar... No es que no pueda ir un día a merendar a casa de un rico, pero si voy cada semana y no pasa nada, no digo nada, no sacudo aquella casa, no sacudo aquella conciencia, ya me he vendido y he negado mi opción por los pobres» (p. 26).

Son unos ejemplos nada más de la libertad de quien se siente de verdad al servicio del Evangelio.

8. La causa fundamental: el Evangelio de Jesús

Hemos visto que Casaldáliga es radical, libre y que nada le echa atrás, ni siquiera la muerte. Cuando alguien ha perdido el miedo hasta la misma muerte, ¿qué otra cosa puede amilanarle?

Pero quiero mostrar, para acabar, el secreto de la libertad, de la profecía, de la creatividad y de la esperanza de Casaldáliga. Porque todo eso sólo se hace cuando se vive y sólo se vive cuando se está movido por una causa fundamental.

¿Cuál es, pues, la causa que fundamenta la razón de ser y el estilo de vida de Pedro Casaldáliga?

Una sola: el Evangelio de Jesús. Porque en él encuentra el máximo para la igualdad, la fraternidad, la liberación y plenitud de los hombres. Un Evangelio que viene de Dios, se hace palpable históricamente en Jesús y nos remite constantemente a su origen. Por eso, Casaldáliga pone sordina a tanto afán de dogmas, leyes y reglamentos, siendo así que Dios es Padre de todos y sobrepasa toda estrechez y particularismo.

«Cada vez tengo una convicción más plena de que Dios es más grande que nosotros y que salva muchas más cosas de las que nos creemos... Cuando ves que alguien evangeliza a los pueblos indígenas de la manera más directa, compruebas que se siguen destruyendo culturas. Es una evangelización que resulta superficial porque no acabamos de dialogar con la cultura, porque traemos no sólo el Evangelio, sino también una dogmatización del Evangelio que es una aculturación occidentalizada. No se permite que Dios hable con Dios. Que el único Dios hable con el mismo Dios, pero de otra lengua y otra cultura. Parece como si Dios sólo pudiera hablar en nuestro idioma y en nuestra cultura.» (pp. 116-117).

Pedro es enormemente abierto, ecuménico, universal, pero también firme en lo esencial... Todos los esquemas se le rompen, todas las renovaciones son posibles, mientras no se rompa el dogma del amor. «Se podrá decir que tengo una moral relativista, pero no es así: relativizo lo que es relativo y absolutizo lo que es absoluto. Amar a Dios y amar al prójimo es absoluto siempre. Y en todas partes. Pero practicar ciertas cosas o no, esto ya es relativo.» (p. 18).

Amar a Dios y amar al prójimo.

Simplemente eso.

Pero siendo consecuente.

Ése es Pedro y ésa es la clave para entender el porqué y el cómo de lo que hace.

B.) Diamantino García: una vida del lado de los pobres y oprimidos

1. El cura de los pobres

«Con este honroso título, escribe Esteban Tabares en el prólogo, (Como un diamante: escritos de Diamantino García, Nueva Utopía, Madrid, 1996,

834 páginas) es conocido por todos los lugares de Andalucía, aquel cura recién ordenado que llega en agosto de 1969 a Los Corrales, un pueblo sevillano de 4.000 habitantes, en una comarca de latifundios y de jornaleros, dispuesto a vivir la radicalidad de su compromiso cristiano al servicio de los pobres y de la Justicia.»

A los pocos días de llegar, ve mucho ajeteo en el pueblo; camiones cargados de enseres domésticos y autobuses repletos de gente que se marchaba. La concurrida plaza que hay ante la iglesia se agitaba aquella mañana con las voces de despedida y de lágrimas. Extrañado, pregunta: «¿Qué pasa? Y le responden: «Ná, que se van a los espárragos de Navarra. Aquí sólo se quedan los maestros, los guardias, el médico, los viejos y el cura...» Diamantino contesta: «Eso era antes. Hoy el cura también se va.»

Desde ese día el cura se hace jornalero y temporero, decide vivir como uno más toda su vida. «Me interpeló tanto aquella vida –confiesa Diamantino– que yo no tenía justificación si me quedaba a la sombra de los santos, encendiendo velas o despachando papeles. Porque yo no soy cura por profesión, sino por vocación.»

Yo he conocido a Diamantino y lo traté muchas veces como hermano de confianzas y de lucha y como compañero de causas comunes. Y su presencia siempre era un estímulo a la bondad, a la justicia y a la esperanza. Estar con él era siempre planear, perseguir algo que se relacionaba con la justicia o la felicidad de los humanos.

Mi intuición de que Diamantino era un hombre que se había dado a los demás, quedó refrendada en el día de su entierro. En torno a él, estaba todo un pueblo, con procedencia, clases y colores de todo tipo. Por un momento, la unanimidad se produjo: allí había un hombre, para más señas ciudadano, jornalero, cristiano y sacerdote, que simbolizaba algo distinto, algo nuevo, algo posible, que a todos atraía y convencía. La partida de Diamantino era el llanto de un pueblo que presentía que algo hermoso se

había agitado y plasmado en aquella vida, y que mostraba querer aferrarse a él, como a algo que no quería perder ni olvidar.

Diamantino pertenece al catálogo de los santos, aun cuando todavía no haya subido a la gloria de Bernini, si es que por santo entendemos un modelo de vida que todo el mundo reconoce y ensalza y, por supuesto, recuerda el estilo de vida de Jesús de Nazaret... El pueblo dio su veredicto y lo aclamó santo. Sin más protocolos. Lo que equivalía recuperar la tradición, tal como ocurría en el pasado de la Iglesia.

Llevados por este sentido, otros amigos y yo albergamos desde el principio el deseo de publicar los escritos de Diamantino. Él, seguramente, jamás pensó en eso, pero una vida así bien merecía ser recogida para memoria, enseñanza y estímulo de muchos. Y ahí está el libro, como un medio y un espejo, donde su persona sigue en comunicación con nosotros.

2. ¿Cuál fue el secreto de la vida de Diamantino?

Esta pregunta me la he hecho ahora expresamente. Y me la he respondido casi al recopilar, leer, y descifrar lo que él ha escrito. Diamantino escribía con el corazón. Lo que llevaba dentro latía en sus escritos. Por eso, no es difícil rastrear sus caminos e inquietudes interiores, sus dudas, sus convicciones, los objetivos que perseguía.

Yo quisiera situar la personalidad de Diamantino, tal como se desprende de sus escritos, dentro de nuestro tiempo. Es ahí donde creo que reviste una originalidad fuerte y donde demuestra una gran libertad y coherencia.

3. Las dificultades y retos de vivir un compromiso cristiano radical

Al igual que todo cristiano, Diamantino venía marcado por una historia y una formación que invitaban a parapetarse en el mundo moderno con desconfianza y hostilidad.

En la mayor parte de la sociedad española estaban muy presentes los condicionamientos de un cristianismo medieval y barroco, propensos a rechazar los avances científicos y culturales modernos.

En virtud de ese cristianismo, eran escasos los cristianos que podían escapar a un planteamiento espiritualista y dualista de su vida. La vida cristiana transcurría en paralelo, cuando no en oposición, con la vida civil. Una espiritualidad de corte monacal y clerical lo invadía todo y hacían que el vivir cristiano se entendiera en términos de oposición y aun de esquizofrenia: –espíritu-materia, cielo-tierra, ciencia-teología, sagrado-profano–.

¿Cómo abordar desde esos presupuestos un mundo planetario como el nuestro, colmado de contradicciones. Por el ordenamiento norte/sur, con los logros irreversibles de la nueva conciencia de la dignidad de la persona y de los pueblos?

En una situación como ésta, Diamantino tenía bien claro una cosa: o la Iglesia era testigo del Evangelio, obteniendo así credibilidad o se encadenaba a los intereses de este mundo haciendo insulsa la sal del Evangelio. Si lo primero, podía ser una contribución a la unidad, la justicia, la liberación y la paz; si lo segundo, se haría irrelevante y alienadora de muchas conciencias.

4. Condiciones para afrontar los desafíos presentes

Si bien es cierto que los creyentes de los años cuarenta arrastran los condicionamientos de un régimen de cristiandad, no es menos cierto que muchos creyentes iban a conocer la explosión del Concilio Vaticano II. Diamantino es hijo de la formación anterior, pero ha conocido más los cambios y reforma del Concilio. En el año 1969 llega con su primer destino al pueblo de Los Corrales, justo después de haber vivido y saboreado los frutos del Concilio. Y llega con una entereza admirable. Escribe de él Esteban Tabares en la presentación del libro: «Con el honroso título de “El cura de los pobres” es conocido por todos los lugares de Andalucía. “Éste es de los nuestros, éste es de fiar”, dice la gente». (*Como un Diamante*, pp. 17-18).

Esta decisión de Diamantino anuncia algo que va a ser la clave y el soporte de su vida. Y su vida posterior se encargará de confirmar que aquel no fue un gesto puntual sino una «opción de por vida».

5. Diamantino rompe con lo establecido

No es lo usual que un cura se vaya de temporero. Y nadie iba a entender fácilmente su decisión.

Diamantino era cura, y sabía muy bien la hipoteca que suponía presentarse como cura al estilo tradicional. Ése era un punto poco menos que intocable, pues la Iglesia desde siglos se había estructurado sobre el eje de los clérigos. Ellos han sido la base y la fuerza dominante de ella. A partir, sobre todo, de la Edad Media, el absolutismo clerical ha sido tal que la responsabilidad y participación de los laicos había quedado plenamente anulada.

El clero dirigía y controlaba la vida social, subordinándola toda al «poder espiritual». Lo mundano y lo social no tenía autonomía propia.

Por otra parte, el clero como directo mediador de Dios se autoconstituía en un estado o clase de vida superior, que debía ser referencia y modelo para todos los cristianos.

Como consecuencia, en este modo de entender la Iglesia, el clero lo es todo, el pueblo, no cuenta para nada. Se establece toda una espiritualidad monacal y dualista, que propicia la huida y el menosprecio del mundo y hace prácticamente imposible la implantación del Evangelio en las realidades terrenas y seculares. Reino de Dios y mundo resultan incompatibles, santidad y vida pública insociables, inteligencia y fe inconcordables.

6. El cambio histórico del Concilio Vaticano II

Pero, aunque este cristianismo fue en cierto modo dominante, no faltaron enfoques y estilos de vida que expresaban otras direcciones. El Concilio Vaticano II alumbró y ratificó estas otras direcciones que estaban presentes en la Iglesia. Los cristianos pudimos contemplar con regocijo cómo en la nueva comprensión de la Iglesia el pueblo recuperaba su dignidad y puesto central y la jerarquía volvía a su función de servicio, ver cómo se establecía una relación nueva con el mundo fundada en el respeto, diálogo y colaboración. Por primera vez, los cristianos podíamos reconciliarnos con la modernidad, vivir el seguimiento de Jesús sin exiliarnos de la historia, reivindicar los derechos humanos, afirmar la autonomía de lo creado, trabajar por la construcción del Reino de Dios desde la ciudad terrena, relativizar las diferencias y priorizar los problemas de la unidad, la justicia, la liberación y la paz.

El Concilio Vaticano II cuestionaba toda una teología y espiritualidad del pasado y ponía los fundamentos para un nuevo caminar en la sociedad del siglo xx.

Quien lea los escritos de Diamantino verá que su manera de entender el seguimiento de Jesús, el Reino de Dios que él anuncia y la manera de comportarse como discípulo del galileo de Palestina transcurre por estos caminos.

Voy a transcribir tan sólo unos textos:

«Evidentemente yo era consciente de que mis ideas chocaban con la realidad y que me esperaban grandes dificultades. Pero he de confesar que el Concilio Vaticano II recién terminado y todo el agiornamiento que él parecía suponer me animaban a ver con optimismo el porvenir de mi compromiso pastoral.» (p. 56).

«En las tierras del sur, generalmente domina una Iglesia de cristianidad. Es decir, una agencia de servicios religiosos: bautizos, bodas, entierros, comuniones. Y una institución preocupada por mantener influencias sociales a través de sus obras propias, colegios, residencias, asociaciones, etc. Así como de ser protagonista del fenómeno religioso cultural de nuestro pueblo, especialmente en alza en una sociedad de consumo que paralelamente desarrolla el individualismo, la superficialidad, y la falta de compromiso serio con el hermano...»

No faltan quienes con buena voluntad y con no poca ingenuidad, quieren hacer presente a una Iglesia “moderna” en el mundo actual, con cursillos, dinámicas y con música de guitarras. Humildemente pienso que cometen un fallo tan frecuente en nuestras casas y colegios, mirar a la sociedad desde la torre del templo. Cuando, en realidad, hay que cambiar de óptica: es necesario que miremos a la Iglesia desde el corazón de la sociedad...

La Iglesia andaluza debería hacer un examen de conciencia de cuál ha sido su comportamiento con los más pobres de esta tierra. ¿Quiénes frecuentan los templos, quiénes presiden sus organizaciones y procesiones, ... etc.? Y, a la luz de una reflexión sincera, hacer un esfuerzo colectivo por definirse con la vida y con la palabra en favor de los más necesitados...

La institución eclesiástica como tal es más un obstáculo que una ayuda –por lo general– para poder hacer creíble nuestro compromiso cristiano en medio del pueblo. El comportamiento de la institución eclesiástica, tradicionalmente, ha estado junto a los bien situados económica y socialmente. A los pobres, generalmente, sólo se ha acercado con paternalismo, con beneficencia y, a veces, con limosnas. Por eso es muy corriente que el pueblo identifique a la gente de la Iglesia con los opresores. De otra parte, hemos de ser conscientes de que muchas veces el templo, las misas, las procesiones, los actos religiosos... difícilmente son lugares donde proclamar y celebrar el amor de Dios por su pueblo. De las palabras sagradas como Dios, Virgen, misa, santos, se ha abusa-

do tanto, desde posiciones interesadas de clase, que los pobres no esperan de eso ninguna liberación. Muy a menudo significan sentimentalismo y no poca magia para un pueblo con escasa formación...

Es lógico que yo no sea considerado “un funcionario útil” por los responsables de la institución eclesiástica. Al contrario, soy más bien problemático. De todos modos, mucho más problemático fue Jesucristo para los defensores del Templo.» (Como un Diamante, pp. 27-30).

7. La opción por los pobres

Raras veces he encontrado un testimonio tan vivo en favor de los pobres como en Diamantino. En esto fue radical y coherente hasta el extremo. Y, por eso, sus palabras eran creíbles y respetadas por todos, y también temidas porque andaban avaladas por la vida. Sólo las palabras que llevan el respaldo de la vida tienen dignidad.

¿La opción por los pobres de Diamantino fue una opción previa o se fue gestando con su experiencia entre los pobres? Yo creo que Diamantino tenía decidido vivir sin ambigüedades su compromiso cristiano, pero su vivir con los pobres, le fue radicalizando en su opción. Desde la convicción a la praxis y desde la praxis a una mayor convicción. Así veo yo la trama de su elección:

- Andalucía vive una situación histórica de injusticia, que se concreta en el acaparamiento de la tierra por unos pocos, los cuales abusan de un bien social que es de todos. Tal situación origina pobreza, analfabetismo, emigración.
- Esta situación es intolerable y no se cambia sólo con palabras o buenos propósitos. Se requiere una lucha contra los opresores, a fin de obtener tierra, trabajo y dignidad. Obrar así se hace porque el proyecto de esa sociedad es injusto. Hay que levantarse contra él, mediante la denuncia y otras formas de acción, lo cual supone romper la neutralidad.

Escribe Diamantino:

«Quienes nos comprometemos con el Evangelio de una manera seria tenemos que optar por los pobres. Esto significa, aquí y ahora, ponerse del lado de los oprimidos, marginados, gitanos, jornaleros, parados, drogadictos. Y, consecuentemente, denunciar a los que causan el dolor de los oprimidos. Hay pobres porque hay ricos que ocasionan y provocan la pobreza del pueblo, la emigración, la ignorancia de la gente, el miedo y la humillación. En una sociedad dividida tenemos que definirnos. No podemos ser naturales. No se puede ser amigo del que causa el dolor y del que lo sufre. No se puede servir a dos señores. Con el Evangelio en la mano, no nos queda otra opción. Esto no va a ser fácil, ni cómodo, ni comprometido por muchos» (Cfr. p. 29).

- En esta situación, el Evangelio se convierte en Buena Noticia para los pobres y en Mala Noticia para los ricos. *«Hay que amar a todos. Esto es verdad. A los pobres se les ama ayudándoles a liberarse de sus sufrimientos. A los ricos se les ama ayudándoles a liberarse de sus cegueras, de su apego injusto a los bienes que son de todos, de insolidaridad ante el dolor del pueblo. En este sentido, mi experiencia me dice que el Evangelio no es buena noticia para todos. Cuando se presenta como mensaje del Reino de Dios (justicia, amor, paz etc.) lo reciben como buena noticia los pobres. Pero, por lógica humana, los ricos se resisten y normalmente no aceptan por las buenas lo que es buena noticia para todos» (p. 29).*
- En esta tarea de la liberación de los pobres, la Iglesia generalmente es más un obstáculo que una ayuda, convirtiendo muchas veces la religión en opio del pueblo.
- Para llevar a cabo esta tarea el programa es muy sencillo: vivir de la forma más parecida a cualquiera de los pobres de nuestros pueblos, vivir el Evangelio con el ejemplo, es decir, compartiendo la experiencia de

una vida explotada, humillada y necesitada, cambiar la situación con una lucha diaria, organizarse, esperar contra viento y marea, vencer el fatalismo, sembrar esperanza y aprender a ser comprensivos y tolerantes.

8. ¿Cuál fue el secreto de la vida de Diamantino?

Lo cuenta él con asombrosa naturalidad:

«Cuando hace veinte años fuimos nombrados sacerdotes jóvenes párrocos de varios pueblos de la Sierra del Sur de Sevilla, no teníamos claro cómo íbamos a ejercer nuestra tarea parroquial. A todos nos animaba el deseo de ser un vecino más del pueblo sin privilegios ni protagonismos especiales. Veníamos a vivir la vida de la gente más Pobre, a acompañar lo más posible su existencia con todas las consecuencias que ello comportara. Rechazábamos el ser tratados como el señor cura al que hay que hablarle de Vd. como una señal de respeto distante y de cierto temor hacia el hombre de carrera. Guardamos mucho el no juntarnos frecuentemente con la gente más instruida o con los mejor situados económicamente para romper el esquema tradicional que tanto nos repugna. Deseamos ser y aparecer, desde el principio, hombres sencillos cuyos amigos preferentes son los que menos tienen, menos saben o menos pueden. Esta determinación no era el resultado de nuestra conciencia de clase social que no la teníamos ya que estábamos recién salidos del seminario, sino el convencimiento evangélico de querer seguir los pasos de Jesús de Nazaret al que veíamos un hombre sencillo que vivió la vida de los pobres de su pueblo.» (p. 43).

Seguir los pasos de Jesús de Nazaret, he ahí el secreto. Un secreto que, paradójicamente, debiera alentar la vida de todo cristiano.

9. El seguimiento de Jesús de Nazaret

A veces, se pregunta uno cómo determinadas personas, en este caso cristianas, pueden tener el coraje de emprender un camino que se sale de lo establecido y resulta claramente provocativo. Diamantino y sus compañeros estaban decididos a no ser unos funcionarios eclesiásticos, la gente se daba cuenta de que ellos eran unos curas distintos, a los que no les gustaba el dinero, que querían ayudar a los demás y que se ponían del lado del trabajador. «*Todo esto, escribe Diamantino, condicionó ya para siempre nuestro planteamiento parroquial. No hacía falta discursos, nuestra vida ya lo expresaba suficientemente.*» (p. 46).

Sin embargo, la razón determinante de la vida de Diamantino está bien clara y la subraya él con sobriedad admirable: seguir los pasos de Jesús de Nazaret.

Diamantino iba a unirse al pueblo, a vivir como uno más, a dejarse de privilegios y protagonismos, a analizar con fuerza las causas de la injusticia, luchar contra ellas, organizarse y así forzar un cambio de actitudes y estructuras. Pero, la razón que le movía a ello, era simplemente la de seguir a Jesús de Nazaret.

En la vida de Diamantino hay un corte radical, una renuncia a toda paga y privilegio, un exiliarse de unas estructuras y de una clase que obstaculiza comprender al pueblo y vivir como él. Desandar un camino de siglos, guiado por la certeza de que el verdadero cristiano debe hacer lo que hizo Jesús de Nazaret: anunciar la Buena Nueva a los pobres, liberar a los oprimidos, devolver la vista a los ciegos y levantar a los caídos.

10. Diamantino no es un teólogo profesional

Sin embargo, su vida está llena de teologías vivas, de espiritualidad evangélica, de mística comprometida porque es una apuesta constante, una

rebeldía esperanzada y una utopía preñada de amor por los más injustamente maltratados y deshumanizados.

Es curioso que Diamantino afirme que su vivir pobre con los pobres le marcó y cambió toda su vida y que le sirvió para devolver el sentido verdadero al cristianismo heredado. No fue él de la fe a la vida, del templo a la ciudad, de la teoría a la praxis, sino al contrario.

Nada más lejos de Diamantino que pretender ser él ejemplo de nada, pero yo estoy seguro de que su libro –espejo de su vida– es una garantía para la vida cristiana del futuro y, en especial, para los nuevos ministros de las comunidades cristianas. El que sea cura por vocación y no por profesión, como Diamantino, tiene claro el camino a seguir: el mismo de Jesús de Nazaret, no hay otros padres, ni otros maestros. Y, como Él, pondrá su morada entre los pobres, se encarnará en el pueblo, hará tuyas las causas del pueblo, denunciará a los opresores, afrontará los conflictos y persecuciones, animará, compartirá, unirá, impulsará, analizará, organizará, toda su vida la pondrá al servicio de los más necesitados.

Llevamos siglos con un modelo de vida cristiana *dualizada*, que contraponen lo sagrado y lo profano; y *monaquizada*, que intenta extender a todos los cristianos el modelo de vida de los monasterios y conventos. Y el mundo, la sociedad, y la historia, sin asumirlas en su original y natural secularidad. Y la *modernidad anatematizada* como si por ella no transcurriese la historia de la salvación. Y a cuestras, un vez más, con los intentos restauradores de sacarnos del mundo para implantar la santidad no sé en qué lugares ni de qué forma. La vida de Diamantino es un antídoto contra toda suerte de espiritualidad dualista.

Es probable que muchos desechen este modelo de cura vivido por Diamantino. Pero el escándalo a lo mejor se disipa si averiguamos quiénes son los desechadores. Habría que ver tres cosas: cuántos de esos que se apropian a su manera de lo de ser cristiano y, en este caso, de lo de ser sacerdote, se

han conquistado el querer y el cariño de los más pobres como Diamantino; cuántos como él han hecho mejorar la vida de los pobres y, en definitiva, entre quienes y a favor de quienes colocamos la vida de Aquel a quien todos decimos seguir. Precisamente por haber puesto su vida en medio del pueblo, a su servicio, con entera disponibilidad, a ejemplo de Jesús de Nazaret, Diamantino caminó siempre de frente, sin que nadie doblegara su libertad, considerándose hermano y sacerdote de todo ser humano, sobre todo del oprimido o marginado, fuera paisano o extranjero, blanco o negro, creyente o ateo. El testimonio de Diamantino es como un púlpito, donde resuenan las voces de un hombre que creyó en la justicia, en el amor y la paz, que se embebió de los problemas de sus paisanos y que utilizó todos los medios a su alcance para combatir la discriminación y la injusticia, día a día, en su pueblo, en la gente que con él convivía y a él acudía.

La solidaridad con los pobres es universal, y esto le hizo sentirse conectado espontáneamente con otras gentes y otros pueblos (Salvador, Nicaragua, Cuba, Sahara, Irak...) que sufrían la invasión, el neocolonialismo el genocidio.

La vida de Diamantino es luz y guía por la convivencia, un estilo de vida, un camino de espiritualidad, un método para la lucha individual y organizada, una utopía esperanzada.